

ENTREVISTA A MARÍA GABRIELA LUGONES



La urgencia de una escucha atenta y hospitalaria para comprender los procesos sociales actuales

Por Juan Carlos Sabogal Carmona*

María Gabriela Lugones estudió historia en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC- Argentina); es magíster y doctora en Antropología por la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). Ha sido profesora en las cátedras de Teoría Antropológica, Antropología Urbana y Antropología de las Políticas en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y, actualmente, es profesora titular de la cátedra de Antropología Cultural de la Facultad de Lenguas, también de la UNC. Ha participado y dirigido diversos proyectos de investigación, y coordina en conjunto con el profesor Gustavo Blázquez el programa de investigación “Subjetividades y Sujeciones Contemporáneas”. Algunas de sus investigaciones se han centrado en estudios vinculados a los procesos de ejercicio de poderes estatales: actuaciones de minorización en ámbitos de administración gubernamental; las llamadas “buenas prácticas” y sus implantaciones locales, y ha trabajado cuestiones vinculadas a la etnografía documental. Viene construyendo, conjuntamente con las profesoras María Cecilia Díaz y María Lucia Tamagnini, a través de sus pesquisas y de la interlocución con quienes trabaja, una antropología de las gestiones gubernamentales. Es Fellow Research de CALAS en la Universidad Autónoma Metropolitana (México), y también ha realizado estancias de investigación en Brasil y Portugal. Sus discusiones se nutren, además, de sus intercambios permanentes con investigadores brasileños y mexicanos.

Desde nuestra revista nos propusimos reflexionar sobre las deudas de las políticas sociales y, en ese sentido, pensar qué tan públicas son esas políticas. Los artículos que se presentan en este número se articulan con temas que se relacionan con tus investigaciones y trabajos, de ahí surgió el interés del comité editorial de convocarte para conversar.

Parecen haberse corrido y derrumbado, también, determinadas fronteras de lo que resultaba (in)tolerable.

Muchísimas gracias por esta invitación. Me interesa vivamente toda interlocución con estudiantes, profesionales e investigadores del trabajo social. Ojalá que encontremos nuevas instancias para extender esta charla y discutir lo que vamos a decir nosotros hoy aquí. Quiero hacer una aclaración inicial: después de haber aceptado el convite, me invadió una especie de arrepentimiento, dado que tengo la intuición fundada de que estamos en un momento de nuestro país en el que lo imprescindible es escuchar, escuchar y escuchar antes de pronunciarnos. Sobre todo, ante las cataratas de cambios que, en estos últimos meses, han ido aconteciendo en nuestras latitudes; cambios en las escenas gubernamentales y también en el territorio de lo decible y en el campo de lo pensable. Parecen haberse corrido y derrumbado determinadas fronteras de lo que resultaba (in)tolerable. Creo que es preciso que escuchemos, y que lo hagamos con mucha atención.

Podríamos trabajar con un mar de ejemplos, elijo uno que resulta inquietante ya que no es fácilmente inteligible y que no se puede "capturar" con las categorías analíticas más consagradas relativas a los derechos. Me refiero a una iniciativa que está en debate parlamentario en la provincia de Buenos Aires, que tiene como propósito regular los servicios de empresas como *Rappi* y *PedidosYa*, entre otros, que operan a través de aplicaciones. Esta propuesta de legislación ha encontrado resistencias (no solo) en la oposición al partido que actualmente gobierna la provincia de Buenos Aires. Algunos diputados provinciales anunciaban hace unos días que pudieron frenarlo (estoy parafraseando de memoria) —porque estaba aprobado, si no me equivoco, en una de las cámaras y faltaba la aprobación de la otra—, mientras repartidores reunidos ante la Legislatura aplaudían, en el marco de acciones de protesta donde vienen manifestando su rechazo a esta propuesta legislativa, indicando que no quieren ser registrados, que no les favorece ese reconocimiento legal, que no quieren quedar bajo la normativa estatal. Esta puede ser una foto (aclaro que la tengo exclusivamente por informaciones periodísticas y puede estar altamente distorsionada) que nos convoque a (re)pensar todo lo que tendemos a sopesar cuando demandamos derechos laborales, y consideramos como "avances" su cristalización normativa. Una foto que muestre las dificultades para llegar a zonas que creíamos tener en común, salvo que dialogáramos con sectores representantes de grupos empresarios. Esta foto exhibiría cómo el reconocimiento normativo de

Pareciera que, más allá del cambio de gobierno nacional y sus acciones de descrédito y desfinanciamiento de las universidades públicas, no se cree posible el colapso del sistema universitario público.

derechos laborales puede ser resistido por sus potenciales beneficiarios. Hay otra fotografía, más relacionada con nuestro trabajo, dado que la revista Conciencia Social enfoca sus esfuerzos en poner a disposición de diversos públicos la producción de conocimiento en nuestras universidades estatales. En una esquina de esa imagen, se observan numerosas instancias de docentes y asambleas interclaustrales con estudiantes en nuestra universidad, donde reina una sentida y realista preocupación por la asfixia presupuestaria a la que están siendo sometidas las universidades nacionales y el CONICET. En otras partes de esa fotografía predominan las noticias relativas al número récord de inscriptos en la UNC, donde ingresaron aproximadamente cincuenta y un mil estudiantes.

Cabe preguntarnos si los miles de estudiantes y las redes de apoyo que los sustentan en su apuesta por la educación universitaria no tienen algún temor de que los esfuerzos para ingresar a la UNC sean en vano, ante una posible interrupción de nuestras actividades, debido a la escasez de recursos económicos incluso para el pago de la luz en las aulas, como ya está ocurriendo en algunas casas de estudios.

Pareciera que, más allá del cambio de gobierno nacional y sus acciones de descrédito y desfinanciamiento de las universidades públicas, no se cree posible el colapso del sistema universitario público entre aquellas miles de personas que han decidido sumarse a la comunidad universitaria cordobesa precisamente este año. Te (y les) pregunto: ¿esta foto sugiere que no se está percibiendo como problemática la continuidad de las universidades públicas? ¿No se está entendiendo como incierta la continuidad de los estudios universitarios entre quienes ingresan de manera tan notablemente masiva respecto de los años anteriores?

[NOTA BENE. Esta conversación se llevó a cabo semanas antes de la Marcha Universitaria Federal del 23 de abril de 2024 que tuvo lugar en todas las ciudades argentinas con universidades públicas. La convocatoria —a favor de la educación universitaria pública, de calidad y gratuita— movilizó no solo a nuestras comunidades universitarias (incluyendo, como indican nuestros estatutos, a las personas graduadas), sino también a miles y miles de personas que, por ejemplo, con el pago del IVA (impuesto regresivo por excelencia), sostienen las universidades públicas y que, injustamente, no han tenido acceso en el pasado a estudios universitarios en generaciones anteriores, ni tienen en el horizonte previsible que sus hijos accedan a la universidad, dadas las condiciones de precarización a las que están sometidos.]

Con estas imágenes quiero ilustrar, al menos, la imperiosa necesidad de una

escucha atenta y hospitalaria (que intenté esbozar hace unos años en un texto para la revista Calibán). Sin presumir, sin interpretar con ligereza, para poder entender procesos sociales que han tenido algunas coagulaciones, como los resultados de la última elección presidencial.

Esta conversación saldrá publicada junto con una serie de trabajos que indagan sobre las deudas de las políticas sociales. Y pensaba en todo lo que implica la palabra “deuda”, comprometida con la idea de que hay una obligación. Si existe una deuda, es en virtud de una obligación de cumplir con lo prometido, pactado o contratado; y un deber de pagarla, aún en circunstancias adversas. Es de primer orden para nuestra reflexión comprender que quienes están a la cabeza del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) niegan que haya que honrar tales compromisos sociales (como los veníamos consagrando políticamente y legalmente) y postulan que la justicia social es violenta, injusta y aberrante.

Tomemos otra foto para reflexionar sobre esto. El Poder Ejecutivo Nacional evidentemente no considera un compromiso obligatorio tomar medidas ante la epidemia de dengue que nos ha azotado en estos meses; pareciera que no hay una promesa que cumplir respecto del cuidado de la salud pública. Entonces —y adelanto una suerte de provocación— ¿desde dónde y hasta cuándo podemos hablar de deuda sin que se haya votado tal promesa? Es una interrogación que me desvela, y que entiendo puede servir para describir esta situación.

Al inicio de la entrevista, me decías que interesaba tratar mis experiencias de trabajo. En un sentido similar a la convicción de que es tiempo de escuchar más que de hablar, te diría que es hora de realizar nuevas experiencias. Vamos a tener que hacer investigaciones etnográficas en tiempo presente, que sean capaces de poner oídos aguzados a lo que se vive, para luego intentar volverlo inteligible y ofrecer saberes que posibiliten otros cambios. Creo que algunas transformaciones se han dado de manera muy abrupta. Estamos ante una escena distinta; hasta hace poco, las promesas incumplidas, o cumplidas deficitariamente o solo cumplidas en parte por nuestra democracia, parecían tener un suelo común con aspiraciones igualitarias, en caminos que condujeran a formas más integrales de justicia social, a la consolidación de derechos civiles, sociales, económicos y culturales. Y es justamente ese terreno compartido, esa tierra de promesas, la que pareciera estar asediada.

Ya no es vergonzante jactarse de que estamos ante "el ajuste más grande que se ha hecho en la historia", ya no solo de Argentina, sino del mundo, como dice el primer mandatario nacional. O postular como hace un adlátere del presidente actual (precisamente, en el país de la ley 1420 de 1884 que estableció la educación primaria común, laica, gratuita y obligatoria). O, como

afirma el vocero presidencial ante la crítica situación debida a la epidemia de dengue, la vacunación no aparece como un compromiso a ser honrado por quienes están a cargo del gobierno.

La reflexión que nos traes es muy potente, porque de algún modo logras articular esa dimensión de lo cotidiano con una reflexión marcada y atravesada por tu capacidad analítica y teórica. Es muy interesante ese modo en el que reconstruyes ese contexto. Para pensar lo que sucede hoy, te pregunto —remitiéndome a eso que vienes señalando—: ¿De qué modo esas experiencias de análisis están vinculadas, por ejemplo, con pensar la idea de las tecnologías políticas del neoliberalismo? El proceso de subjetivación que el neoliberalismo constituyó en un contexto particular de Argentina hace un par de décadas y que siguió transitando también en las prácticas burocráticas, de gobierno... ¿se evidencia ese neoliberalismo de modo más extremo en este contexto particular? ¿Podríamos decir que necesitamos nuevos lentes para pensar la coyuntura que nos atraviesa?

Siendo franca, Juan, no tengo una respuesta cabal a tu pregunta. Continuamos trabajando, mientras tanto, con una caja de herramientas conceptual y metodológica. También es una política de pesquisas antropológicas que tiene que ver con una idea seminal de Antonio Carlos de Souza Lima, condensada en la fórmula *gestar e gerir*. Desde una inspiración weberiana, entendemos que desde la modernidad las formas de dominación son modos de administración, y en ese marco entra lo de *gestar y gerir* (en el portugués brasileño: *gestar y gestionar*) —es difícil la traducción a la lengua castellana—.

Distintos movimientos, en una política de investigación, podrían ayudar a encontrar respuesta a tu pregunta. Podríamos rastrear en los últimos cuarenta años de nuestra democracia qué "gestas" gestaron subjetividades a través de las gestiones gubernamentales. ¡Disculpas por el trabalenguas! Ahí probablemente encontremos momentos cruciales (el menemismo *renato*, si le concedemos muerte dudosa en algún periodo) así como experiencias traumáticas: la hiperinflación que heredamos de la dictadura, la crisis del 2001, así como vivencias menos espectaculares, como la persistente precarización del empleo, que devienen significativos en la gestación de subjetividades y subjetivaciones políticas argentinas. Gestaciones que tienen arraigo en la larga década menemista y sus consecuencias, que no eran tan sólo objetivables en el desguace de lo estatal en términos de propiedades y empresas estatales, o en el desmonte de la educación como la habíamos entendido hasta ese momento, muy signada por políticas de los poderes ejecutivos nacionales. Tales políticas tuvieron otros lugares de condensación,

Lo que otrora hubiese sido la intervención de un desquiciado, un discurso altisonante del odio, ha pasado a ser una lengua franca.

que se actualizan en subjetividades políticas que fueron y están siendo retomadas, recuperadas y llevadas a nuevos puntos de intensificación. Por otro lado, otras dimensiones serían más “novedosas” y en esto adopto las reflexiones de Martín Kohan, escritor y docente universitario, que llama la atención sobre cómo no se trata más de un energúmeno hablando, que desentona frente a una modulación general de otro volumen y tono, sino que ha habido una mutación, como si hubiésemos pasado de AM a FM o a la inversa. Lo que otrora hubiese sido la intervención de un desquiciado, un discurso altisonante del odio, ha pasado a ser una lengua franca.

Tengo la impresión de que algo de esto ya comenzó con el menemismo; algunas cuestiones no eran pensables, ni siquiera mínimamente decibles o audibles. A partir de Menem, se convirtieron en el pan nuestro de cada día, así como el nepotismo, no solo en los tres poderes del Estado. Recordemos que estaba Carlos Menem como titular del Poder Ejecutivo, Eduardo Menem, su hermano, como presidente del Senado de la Nación y tercero en la línea de sucesión, y Julio Nazareno, quien era el socio riojano del estudio jurídico familiar, presidía la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Ahora encontramos más de una veintena de Menem en el gobierno, y el gesto nepótico en el reparto de los cargos sigue vigente. La hermana del presidente es la figura fundamental del naciente partido oficial, y también "el Jefe" en el poder ejecutivo nacional.

Una serie de cuestiones podrían ser rastreadas de manera sociogenética en los últimos 50 años, incluyendo la última dictadura y todo lo que signó, y emergen revividas en declaraciones y acciones que actualmente observamos, y que no pueden ser simplemente rotuladas como fascistas o negacionistas. La nominación es insuficiente, no basta con la adjetivación, ni con cualificarlas, si lo que queremos es oponernos a relatos como el transmitido en el video que fue emitido por el gobierno nacional el pasado 24 de marzo, a través de renovados trabajos de las memorias públicas que asuman enteramente lo establecido en los juicios por crímenes de lesa humanidad pero sin patrimonialismos.

Volviendo a nuestra línea de investigación, ¿qué "tradiciones de gestión de las desigualdades" (otro desarrollo fecundo de Souza Lima) se fueron condensando? Comprenderlas como precursoras de algunas cuestiones nos permitiría situar cómo se gestaron, dónde se fueron gestionando, y también reconocer los (des)encantos, las (des)esperanzas y las (des)ilusiones respecto de esas promesas incumplidas en parte por nuestra democracia, coaguladas por Alfonsín en ese rezo laico que realizaba en cada acto de campaña en el '83, cuando después de recitar el preámbulo de la Constitución Nacional, nos repetía que *con la democracia se come, se cura y se educa...*

Te escucho y sintetizas al final de tu reflexión esta perspectiva que planteas también desde una dimensión socioantropológica. Estaríamos pensando el proceso social. No nos sería suficiente entonces categorizar o plantearle un adjetivo a esta situación o este contexto político en particular, sino que podríamos leerlo siguiendo tus intuiciones en términos de procesos sociales.

Quisiera retomar algo que mencionabas sobre la condición pública de las políticas sociales. Soy heredera de una enseñanza de Antonio Carlos de Souza Lima y João Paulo Macedo y Castro, que está textualizada en un artículo que recomiendo: el texto "Para un Abordaje Antropológico de las Políticas Públicas", que tiene una versión en castellano del 2015. Se insiste en que no deberíamos considerar las políticas dando por sentado su condición de públicas. Además, busco ampliar la apelación a abandonar perspectivas instrumentales y racionalistas para estudiar las políticas públicas, entendiéndolas como un circuito que va desde la decisión política, pasando por la formulación experta, su implementación y monitoreo sucesivo, hasta llegar a su evaluación. En esta última fase, así como en otras también ponderadas como técnicas, entraríamos a jugar las y los trabajadores sociales, así como los llamados científicos sociales, contribuyendo en algunas ocasiones con formulaciones, y en otras, (auto) imponiéndonos una tarea evaluativa. Como repetimos cual letanía en muchos proyectos de investigación, extensión e intervención, estamos produciendo insumos para la "optimización" (un eufemismo para reformulación, evaluación) de políticas públicas.

Una lectura como la que realiza Souza Lima, y que con mi equipo seguimos, nos obliga a admitir que podemos ser analistas, pero también criaturas de los poderes gubernamentales. Y aquí estoy parafraseando a los autores, reconociendo que es preciso suspender el calificativo de "público" para las acciones estatales del Estado, las que serían mejor comprendidas, según estos antropólogos brasileños, enfatizando su dimensión gubernamental. ¿Por qué conceder la condición de "públicas" a acciones definidas en cenáculos, sin debates abiertos, etc.? Indicando que también se trata de planes y acciones gubernamentales que no solo son construidas desde la administración estatal, sino que están definidas en múltiples escalas, que van desde lo transnacional hasta lo internacional, desde el Fondo Monetario Internacional hasta las Convenciones Internacionales y las organizaciones no gubernamentales, y que están, si logramos sumarnos a las conversaciones públicas, en disputa o en diálogo con quienes hacemos antropología de las administraciones, trabajo social, indagaciones e informes sociales.

Un modo de acercamiento a las actuaciones de gobierno que procuramos

¿Por qué conceder la condición de "públicas" a acciones definidas en cenáculos, sin debates abiertos, etc.?

Hacer cultura es un ejercicio de poder que moviliza significados y cuerpos, y que en cada institución cultural (...) hace Estado-nación.

practicar exige entender qué luchas sociales se dan en distintas arenas, y por eso la "cultura" se convierte en un campo de batalla privilegiado. Eso nos da pistas para reflexionar acerca de la situación actual. El desmantelamiento del INCAA no estaría en un plano secundario, ni sería descabellado. Los "recortes" (qué formidable investigación podría hacerse centrada en esa denominación) a instituciones como el INT, así como a tantos planes y programas que se ubican bajo la rúbrica de lo cultural, tampoco. Desde hace más de cien años, la disciplina antropológica ha discutido la tan pretendida separación de las esferas políticas, económicas, culturales, religiosas, y en contra de nuestra propia cosmología moderna, lo estatal, el mercado y la cultura.

Si lo planteamos desde nuestro enfoque de una antropología "argen-bra", ya que hacía alusión a mi condición de antropóloga formada en Brasil, entonces hacer cultura es un ejercicio de poder que moviliza significados y cuerpos, y que en cada institución cultural, como el Fondo Nacional de las Artes, hace Estado-nación. Por tanto, su desfinanciamiento no sería un "problema" reducible a las personas "de la cultura". Una se solidariza con la gente de la cultura cuando se recorta allí, cuando se amputa allí, cuando se desmonta una institución cultural. Estamos ante técnicas de gobierno (por ejemplo, el recorte) que conforman subjetividades y construyen resistencias o adhesiones. ¿De qué manera podríamos reconsiderar esto con quienes eran los/as destinatarios/as y/o beneficiarios/as de tales acciones culturales para poder enfrentar, eficaz y conjuntamente, estos recortes amputatorios?

Aquí comparto incertezas formuladas como preguntas para aprender ¿Cómo podríamos investigar etnográficamente el presente?, ¿qué "problemas sociales" deberíamos abordar prioritariamente en nuestras intervenciones como trabajadores sociales?, ¿desde qué emociones compartidas nos movemos, aun cuando no estemos siendo capaces de identificarlas? y, por tanto, ¿cómo podríamos oponernos, responder, rectificar o reafirmarlas? En las movilizaciones por el CONICET y por la continuidad de la producción científica argentina (con sus logros tan premiados y bien rankeados, como se estila decir), pareciera —a juzgar por la mayor parte de los participantes y adherentes— que los y las únicos/as afectados/as fueran los y las científicos/as, los y las potenciales o actuales becarios/as. O si hay movilizaciones contestatarias por parte de los mundos del arte donde participan los actores y las actrices, los y las cineastas, los y las estudiantes de cine, pero no los espectadores del cine argentino o del teatro independiente. Estoy empleando libremente lo que Didi-Huberman tematiza cuando escribe en torno a "qué nos hace levantar, qué nos hace movernos, qué nos moviliza" (y añadiría el examen sobre lo que nos desmoviliza).

También tengo en mente los planteos del antropólogo chicano Renato

Rosaldo cuando señala las fuerzas arcanas y culturales de las emociones que están en juego en la vida social. Me pregunto por las esperanzas que parecieran estar sosteniendo algunas dimensiones de este momento argentino. Me atrevo a decir, de manera casi temeraria, que podría ser fértil seguir la pista de la esperanza; la esperanza judeocristiana, con su visión de la vida como valle de lágrimas, en pos del paraíso y la vida eterna. O podría ser revelador entender otros "ethos protestantes" (¿evangélicos? ¿neopentecostales?) dadas las nuevas dinámicas del capitalismo, que se ha transformado radicalmente a lo largo del siglo XX y en lo que va del XXI. Creo que debemos tomar debida nota de lo que dice Pablo Semán cuando, basado en evidencia estadística y etnográfica, recuerda que somos una abismal minoría de ateos, agnósticos y descreídos, y nos previene respecto al error de homogeneizar a todos los evangélicos... No es casual que él haya podido "escuchar hospitalariamente" lo que ha escuchado, siendo un antropólogo dedicado, precisamente, a investigar religiosidades, creencias y prácticas religiosas. Además, hace 25 años que se ha tomado en serio el *New Age*, y en la última década ha escuchado (y por eso pudo advertir) cuestiones que estaban transformándose, captando así deslizamientos que recién en los últimos meses tomaron formato político-electoral.

De qué maneras podemos abordar el presente (y debería estar en plural, ya que habitamos mundos paralelos) sin quedar apegados a nociones que se han convertido en automatismos y que no permiten entrar en las conversaciones que se están teniendo en distintos escenarios, como *TikTok*, como la ex *Twitter*, donde parece que lo político está reelaborándose continuamente de las más variadas maneras. En lugar de denunciar o de mirar de forma vergonzante el hecho de que el presidente de nuestra república pueda pasar horas "twitteando", intentemos darle inteligibilidad a cómo eso es percibido por sus votantes y qué está haciendo ahí, o cómo se está ejerciendo el poder ahí, en esas redes.

Estoy avanzando en los aspectos metodológicos, que nunca se trata del orden de la receta, sino de hacer fuertes y certeras autocríticas ético-políticas que tienen implicancias metódicas para quienes estudiamos mundos sociales. Empezar por escuchar atenta y hospitalariamente, sin dejar de abrazar los ejercicios de autocrítica.

Uno de los grandes aportes de la antropología a las políticas públicas es como éstas construyen a los sujetos de la intervención. No es casual, entonces, que emerja como recurso narrativo del gobierno actual la construcción de ciertos sujetos o subjetividades diferenciadas de esas distintas poblaciones, lo que genera —no sé si rupturas del entramado social— incidencias en una posible comprensión colectiva o ético-política

Empezar por escuchar atenta y hospitalariamente, sin dejar de abrazar los ejercicios de autocrítica.

del presente.

Lo que me intriga y me resulta inquietante como antropóloga carioca y santiagueña, profesora e investigadora de la UNC, es la forma evidente y silenciosa en la que, al mismo tiempo, el titular del PEN interpela a segmentos sociales, grupos profesionales, individuos y corporaciones que provienen de linajes político-partidarios muy variados. Es decir, ¿cómo están siendo interpeladas personas tan diversas?

Lo que estás planteando es sumamente interesante. No tenemos las respuestas para comprender lo que está sucediendo porque tenemos que escuchar y hacer preguntas. No podemos adjetivar debido a la complejidad del fenómeno que se vive y a la catarata insistente de mensajes permanentes y simultáneos sobre distintas cuestiones. Es difícil reconstruir lo que sucede. Por lo tanto, es iluminador el análisis que nos traes hoy para pensar y reflexionar.

Ya hemos dejado atrás la idea de que podíamos construir leyes del comportamiento humano de validez universal y ahistórica.

Le opongo resistencia a esa mirada generosa tuya que habla de iluminar. Expongo mis dudas y pienso contigo en voz alta, desde la despretenión que caracteriza buena parte de la disciplina antropológica contemporánea. Ya hemos dejado atrás la idea de que podíamos construir leyes del comportamiento humano de validez universal y ahistórica. Nos movemos desde el carácter fragmentario, incompleto y falsable de la producción de conocimiento antropológico. Esto también se aplica a una buena parte de la sociología y de la investigación en trabajo social, como se ha discutido después de la "crisis de la antropología". Ese reconocimiento de nuestros límites no obtura aquello que Renato Rosaldo propone en *Cultura y Verdad*,¹ como un *plus* del análisis social antropológico. Esta es mi lectura, es Renato Rosaldo *by* Lugones, no pensar esto como una minusvalía, sino pensarlo como el plus de un género de descripción que quisiera cultivar. ¿Qué descripciones podemos hacer donde la cláusula de cierre –siguiendo las advertencias del Rosaldo– sea que las personas que describimos puedan encontrarse, puedan reconocerse en nuestras representaciones y no verse sesgadas, no verse reducidas a una parte de su experiencia vital? Sobre todo, ¿cómo reconocer la fuerza cultural de las emociones? Esto se ha convertido en una tarea de primer orden para poder comprender e intervenir en el presente. Diría que la tarea antropológica puede ser captar las fuerzas arcanas de las emociones que caracterizan el tiempo presente. Cómo escuchar sin tanta demora lo que le dijeron a Rosaldo los *ilongots* –y tardó 20 años en poder oír en el sentido

¹ Rosaldo, R. (2000) *Cultura y verdad: la reconstrucción del análisis social*. Editorial Abya Yala, 2000.

fuerte—, de que era la ira generada por la aflicción demoledora de la pérdida de un ser querido la que motorizaba la cacería de cabezas.

En relación a lo que has estado señalando sobre cuestionar lo público de esas políticas, ¿cómo podemos interpretar la idea del Estado, de lo estatal? En un contexto donde precisamente quien representa la noción del gobierno, en su papel de representante de esa sociedad, especula sobre la inexistencia del mismo Estado. Se genera así una tensión en términos de un Estado que existe, pero con una expectativa de su inexistencia.

Los ocupantes del poder ejecutivo buscan (no solo en términos electorales) hacerse con las funciones estatales, mientras reniegan insistentemente del Estado.

Voy a retomar la obra del antropólogo australiano Michael Taussig, quien tiene décadas de trabajo de campo en América Latina, especialmente en su texto "Fetichismo de estado". En éste, Taussig admite que el Estado, con mayúscula, no existe en el mundo fenomenológico como lo habían enseñado los patriarcas de la antropología política, aunque reconoce la existencia de agentes, agencias e instituciones estatales. Lo que busca señalar es el poder político y arcano de esa ficción que escribimos con E mayúscula (el "Estado"). Estoy siendo procazmente simplista, y lo hago para enfocarme en este momento en que los ocupantes del poder ejecutivo buscan (no solo en términos electorales) hacerse con las funciones estatales, mientras reniegan insistentemente del Estado. Al mismo tiempo, continúan apelando, a través de múltiples medios, al poder político de esa "ficción", convocando al miedo como último recurso para asegurar la obediencia (nuevamente, siguiendo a Weber), haciendo aparecer al Estado en su versión más primitiva y coercitiva, como sucedió en la ciudad de Rosario en marzo pasado. Esto plantea interrogantes que debemos abordar con cuidado, ya que no podemos conformarnos con declaraciones que simplemente repiten lo que supuestamente ya sabemos. ¿Cómo abandonar el pensamiento respecto de las "políticas públicas estatales" que subraya y necesita coherencias y congruencias? Quizás las vías para comprender estén en las inconsistencias, las incoherencias y las incongruencias entre declaraciones anti-estatalistas a la par de afirmaciones de repliegue de la actividad estatal, junto con un refuerzo de la acción estatal en su faceta represiva, como ilustra el "protocolo" del Ministerio de Seguridad de la Nación que intentó prohibir las reuniones de más de tres personas en espacios públicos que carecieran de permisos, *so pena* de ser perseguidas como manifestaciones ilegales.

El auge de estas perspectivas supone la supuesta desaparición del Estado, pero de un Estado con una perspectiva democrática, por decirlo de alguna manera, y la reconstrucción de una idea de Estado que tiene una funcionalidad y es proclive a cierta ortodoxia del mercado o de factores

exclusivamente económicos. También implica la construcción de un entramado vinculado a ciertos sectores económicos concentrados de una sociedad como la Argentina, en conexión con el mundo.

Quizás sea necesario volver a indagar sobre cuáles serían las "nuevas deudas" en relación con las promesas que se han hecho ahora. No se trata de los compromisos anteriores en políticas sociales y redistributivas. Es necesario preguntarse nuevamente sobre las dinámicas y expectativas que las mayorías tienen respecto a lo estatal, dónde están depositadas esas nuevas promesas, en esta versión militarizada y policial de lo estatal, muy alejada de otros entendimientos de lo estatal, como el de "cuidar" (¿será que la apuesta es por una acción estatal que no "moleste", que no regule actividades, que no se inmiscuya en el supuesto mercado omnisciente?). Luego, tales promesas podrían ser cobradas como deudas o reclamadas como compromisos incumplidos. Las continuidades lexicales nos están ocultando, no sólo discontinuidades semánticas, sino enormes rupturas en procesos sociopolíticos y culturales de nuestras pampas. Lo que está pasando amerita una enorme tarea de entendimiento en torno a cuál sería la expectativa que hay en torno de la acción estatal. Segmentos poblacionales e individuos que ahora se han reunido –como decíamos antes– constituyéndose en mayorías (no apenas) electorales, o que pueden convertirse en mayorías legislativas en el Congreso Nacional, o en mayorías a partir de acuerdos entre gobernadores, están disputando sentidos del deber ser estatal. Nuestro instrumental conceptual debiera ser capaz de dar cuenta mínimamente de estos (des)entendimientos cuando hablamos de Estado.

Además, considero imprescindible alejarnos lo antes posible del modelo jurídico del análisis del poder que Foucault criticó de manera contundente en su obra. Debemos distanciarnos para dejar de retratar estos cuarenta años de democracia únicamente a través de avances legislativos y normativos, de progresos en la letra de la ley y en sus reglamentaciones, que –no me animo a decirlo más que en términos de este tiempo verbal– no habrían sido experimentados en las vidas de tanta y tanta gente.

Como sabrás, las disciplinas que intervienen en lo social –que se nutren de sus propias investigaciones y de otras ciencias sociales– están viéndose muy afectadas actualmente. ¿Qué mensaje podríamos transmitir desde una perspectiva didáctica centrada en los afectos? ¿Cómo podemos construir un mensaje desde la sensibilidad para mantener la fortaleza intelectual y superar este contexto que afecta la cotidianidad de quienes trabajan en intervención social y se relacionan con personas y que son, por tanto, nuestros/as principales lectores y lectoras?

Para salir del lugar en el que hemos estado tendremos que usar las lenguas que, evidentemente, emplean quienes están hoy en el PEN.

Tengo años de trabajo discutiendo las acciones estatales de asesoramiento, por lo que me niego a ocupar ese lugar, que va más allá de la mera enunciación, y conlleva autoridad y saber-poder. En cambio, puedo compartir algunos puntos de apoyo.

Un primer punto, que he estado defendiendo enfáticamente, es una escucha atenta y hospitalaria frente a lo que desagrada, lo que repugna, lo que no compartimos ni compartiremos. Una práctica de escucha que no se constituya en refugio ante la exposición pública ni la toma de posición, sino como una postura ético-política y de indagación etnográfica. Los y las trabajadores/as sociales, estudiantes y egresados/as pueden ser protagonistas de esa escucha en sus ejercicios cotidianos del oficio, de investigación y de extensión universitaria. Para salir del lugar en el que hemos estado tendremos que usar las lenguas que, evidentemente, emplean quienes están hoy en el PEN (como en los años 60 lo hiciera la Iglesia Católica Apostólica Romana, que impulsó el Concilio, por el que, entre tantas otras reformas, se empieza a dar la misa en las lenguas vulgares y locales. Recordemos que antes del Concilio Vaticano Segundo se decía la misa en latín y de espaldas a la poca feligresía que entraba al ritual dominical) y hablarlas para conversar, entender y escuchar; no para persuadir, ni convencer a nadie. Comparto en todos los sentidos la afirmación del escritor portugués José Saramago, cuando dice que no quiere persuadir ni convencer, porque eso le parece un acto de colonización. Conversaciones que permitan conocernos y también darnos a conocer. Las relaciones sociales que mantenemos para producir conocimientos y para generar cambios deberían estar marcadas por la escucha y por nuestro aprendizaje de las lenguas de uso común y de los medios que las configuran, en vez de seguir dando *latinazos*, o peor aún, *latigazos*.

Otro punto de apoyo para mí es la necesidad de criticar exhaustivamente nuestros repertorios de acción colectiva ya que algunos de los instrumentos que usamos para protestar o expresar nuestros descontentos tienen efectos adversos. Se ha tornado imperioso imaginar otras formas de actuación en la escena pública.

Y a modo de talismán, me apoyo en las afirmaciones de la escritora Ursula K. Le Guin (estoy citando de memoria) cuando pensamos que el capitalismo es ineludible, tenemos que recordar que también lo parecía el derecho divino de los reyes.

Muchas gracias, María. Siempre es un gusto compartir contigo. Tu generosidad para quienes estamos cerca, para quienes te leemos y para aquellas personas que aprenden en los espacios por los que transitas es

algo que se valora profundamente.

Ojalá así sea. Eso tiene que ver con la mirada generosa. Espero que estas reflexiones sin costura y pensamientos en voz alta puedan continuar en una conversación con quienes lean la entrevista, que puedan enojarse, identificarse, cuestionarse, contestarme o indignarse con lo dicho. De eso se trata. Lo peor que puede pasar es lo que me parece que nos ha estado ocurriendo en muchos de nuestros escritos académicos, en nuestras producciones científicas, en nuestras exposiciones en eventos: presentaciones que se vuelven inocuas, material pasteurizado que no genera reacciones, adhesiones o inspiraciones. He ahí otra cosa de la que debemos hacernos cargo e intentar modificar urgentemente.

**Juan Carlos Sabogal Carmona*

Colombiano. Trabajador Social por la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Trabajo Social con mención en Intervención Social de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y Doctor en Ciencias Antropológicas de la misma universidad. Ha sido docente de la UNC. Becario de maestría de la SECyT-UNC y becario doctoral por el InES CONICET-UNER. Actualmente, se desempeña como profesor Adjunto en la Universidad Nacional de Río Cuarto y de la Universidad Siglo 21. Sus temas actuales de investigación son género y masculinidades, políticas hacia las familias y usos del dinero en el marco de programas monetarios de transferencias condicionadas. Correo electrónico: juancarlossabogal@gmail.com

